



Epifanía

Un domingo soleado de agosto, harta de las prohibiciones y del encierro, decidí aventurarme más allá de las dos cuadras a la redonda en las que solía realizar los mandados. La perspectiva de pasar otra tarde en la soledad de mi departamento se me antojó desesperante, así que decidí caminar hacia los parques contiguos al cementerio de Recoleta.

Procedí con mi plan, aunque tenía ciertas reservas: ¿Pasaría desapercibida o terminaría detenida en una comisaría? Mientras caminaba pensé en los meses previos. Me había mudado sola días antes del dictado del decreto. Ante tamaño suceso mis padres habían insistido en que volviera con ellos a La Plata, pero me mantuve firme en mi postura de permanecer en mi nuevo hogar y hacer frente a los acontecimientos. Sucedieron semanas y meses de absoluta soledad e incertidumbre por el futuro. El coronavirus parecía una broma cruel que me jugaba la vida. La pandemia ya me había arrebatado la beca de estudios en Alemania y no estaba de buen ánimo por aquellos días, no obstante, trataba de pensar que todo volvería a la normalidad tarde o temprano

Llegué al lugar elegido y tomé asiento en el césped tibio. Me dediqué a contemplar el paisaje que evidenciaba ya los primeros



atisbos de la primavera y mi vista se perdió en el exuberante verde. Reconocí en aquella escena de Recoleta aquellos lugares que visitaba en mi infancia acompañada por mis padres y recordé a la niña de doce años que durante esos paseos se juraba a sí misma que algún día escaparía del tedio de su ciudad natal de La Plata y viviría justo allí, su lugar favorito de la gran ciudad.

Conmovida, comencé a llorar silenciosamente; mi deseo se había materializado inadvertidamente en un tortuoso devenir de acontecimientos. Comenzaron a sucederse con claridad las imágenes de todo lo que había tenido que hacer para llegar a ese lugar: rememoré vívidamente todos los sacrificios, las caídas y aprendizajes, las veces en que estuve por rendirme a través de los años y me invadió un gran sentimiento de gratitud. Me dije: “¿Voy a seguir lamentándome por lo que no tengo o voy a disfrutar lo que logré?”

Dos años después de aquella tarde de domingo, aún recuerdo esa epifanía que tuve y cuando me siento triste trato de regresar a ese lugar de sosiego en medio del desastre. Estamos tan acostumbrados a poner el foco en los planes trancos que solemos pasar por alto lo que efectivamente tenemos, pues en el trajín de la vida tales logros parecen pasar desapercibidos.



Cátedra: *Lengua española I* del Traductorado de Portugués (cursada del 1.er cuatrimestre de 2022).

Autora: María Rosario Inchauspe.

Mi casa no siempre es mi hogar

La pandemia nos tomó por sorpresa. En ese entonces, yo estaba viviendo en Buenos Aires y toda mi familia residía en La Pampa. De un día para otro, el gobierno decretó el aislamiento obligatorio así que tuve que regresar a mi provincia natal intempestivamente. Yo no quería regresar pero el miedo de mis padres no dio el brazo a torcer. Cundía el temor y crecía la incertidumbre. Volver a mi casa de la adolescencia implicó no sólo reaprender a convivir con mis seres queridos, sino también hallarme en espacios que me resultaban a la vez familiares y ajenos. Mi cuarto, mi cama y mi ventana que por años me habían acogido, ya no significaban nada para mí. Sin embargo, esas cuatro paredes se volvieron mi refugio. El mundo adoptó un formato virtual, no nos quedó otra opción que hacer entrar la vida cotidiana en nuestros dispositivos. Nadie sabía mucho sobre el virus o tenía una certeza clara sobre la duración del confinamiento. Todos se tomaban la libertad de sacar las conjeturas más variadas, no obstante pocos eran especialistas en epidemiología. El escenario era desalentador, las opiniones catastrofistas derrumbaban cualquier esperanza de un pronto

Desde las aulas. *Cartelera de producciones de nuestros estudiantes*



regreso a la libertad frente al encierro, lejos de mi independencia, me sumergí en la lectura. Pasaba horas navegando en PDF u optaba por robar libros de la infinita biblioteca de mi madre. Me anoté a muchas materias de la facultad por lo que siempre tenía algún pendiente o tarea para hacer. Los días transcurrían uno tras otro entre clases virtuales y videos grabados. Si bien estudiaba jornadas completas y aprobaba los exámenes, perdí la conexión con la vida universitaria y con la pasión por aprender.

Dos años me separan de esos recuerdos. El regreso a la presencialidad representa para mí mucho más que sentarme en un banco, significa haber recuperado mi independencia, mi ciudad y mis proyectos. Dicen que nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde. Creo que la pandemia nos enseñó que, aunque todos sabemos lo que tenemos, no siempre es lo que elegimos tener.

Cátedra: *Lengua española I* del Traductorado de Portugués (cursada del 1.er cuatrimestre de 2022).

Autora: Daniela Piazza.